

de manos. Añadia, que Ignacio se habia retirado con su entera voluntad á un monasterio, para terminar allí sus dias en un honroso retiro, que se habia resuelto á tomar este partido por su vejez y por sus enfermedades. Esta carta iba acompañada de otra del mismo emperador, que confirmaba todas estas imposturas. Mientras esto pasaba, San Ignacio habia sido encerrado en una inmunda prision, en donde se le trataba indignamente. Con el designio de hacerle perecer, se le acusó de haber conspirado contra el estado, aunque ninguna prueba pudo darse de semejante calumnia. Le cargaron de cadenas y le enviaron desterrado á Mitilena, en la isla de Lesbos. El papa, á quien San Ignacio no habia podido dar noticia alguna de lo que pasaba, porque sus enemigos no le habian dejado la libertad de escribir, se abstuvo, y no quiso decir nada sobre la eleccion de Fócio, sin un maduro ecsámen. Su santidad tomó el partido de enviar á Constantinopla dos legados, para informarse de la verdad de los hechos, y poder cerciorarse de ellos. Los legados recibieron en el camino los regalos del emperador y de Fócio, quienes anticipadamente buscaban medios de seducirlos. Cuando llegaron á Constantinopla, se les pusieron centinelas de vista, y se les separó de toda comunicacion, para que no pudiesen instruirse de las violencias que habian hecho á San Ignacio. Les amenazaron con los últimos rigores si no reconocian á Fócio por patriarca. Ellos resistieron mucho tiempo; pero al fin cedieron; y vencidos por las sollicitaciones, las promesas y las amenazas, se prestaron á los deseos del principe.

### FAMOSAS INTRIGAS DE FOCIO.



**S**AN IGNACIO encontró al fin el medio de informar al soberano pontífice de todo lo que pasaba en Constantinopla. Se quejó el papa de la prevaricacion de los legados, y condenó todo lo que se habia hecho. Escribió al emperador y á Fócio unas cartas, en que reconocía á Ignacio por patriarca legítimo, y declaraba nulo el nombramiento de Fócio. Pero éste suprimió las verdaderas cartas, y las sustituyó con otras falsas, en las que hacia decir al papa, que su santidad sentia haberle sido contrario; que habiendo, en fin, descubiertó la verdad, le prometia una constante amistad. No tuvo buen éxito esta impostura. Entonces este imprudente falsario maquinó otra intriga, de la que no se ha visto ejemplo alguno. Fingió un concilio ecuménico, tenido contra el papa Nicolás. Dió á esta superchería todas las apariencias de la verdad, para que al menos los estraños pudieran creerla. Las actas de este pretendido concilio fueron dirigidas con tanto cuidado, que podian seducir aun á los espíritus mas atentos. Como el intrigante estaba perfectamente instruido de cuanto pertenece á la celebracion de los concilios, habia dado á su imaginaria asamblea la forma mas regular. Allí se veían los acusadores que pedian justicia contra el papa, y los testigos que sostenian con juramento á los gefes de la acusacion. Fócio se encargaba de hacer el papel de defensor

del papa, fingiendo que no queria que se condenase á un papa ausente. Pero los padres del pretendido concilio no se rindieron á las razones que él alegaba para defenderlo; y Fócio, cediendo, en fin, á su autoridad, aunque afectando dolor, pronunció contra Nicolás la sentencia de deposicion y excomunion. El impostor encontró á algunos obispos bastante corrompidos para que firmasen estas falsas actas, y él mismo añadió á ellas cerca de mil firmas. Se veían tambien en ellas los nombres de los diputados, de los tres patriarcas de Oriente, y el del emperador. Todas estas firmas eran supuestas. Fócio tuvo la imprudencia de enviar estos pliegos á Luis el Hermoso, rey de Francia, para obligar á este príncipe á que echase á Nicolás de su silla. Dirigió á los obispos de Oriente una carta circular, llena de insultos contra la Iglesia latina: trataba en ella de error la doctrina que nos enseña que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, sin embargo de que este dogma católico ha sido tambien enseñado por los padres griegos, del mismo modo que por los latinos, y aprobado en muchos concilios: reprochaba á la Iglesia romana algunos puntos de disciplina, que él mismo habia considerado hasta entonces como legítimos é irreprehensibles. Esta fué como una semilla oculta, que despues de haber germinado durante mucho tiempo, produjo, en fin, un cisma funesto, que aun dura en nuestros dias.

*ell m*

(AÑO 869 DE JESUCRISTO.)

## RESTABLECIMIENTO DE SAN IGNACIO

Y OCTAVO CONCILIO ECUMÉNICO.

**N**O encontró Fócio en el emperador Basilio, el favor que Miguel su predecesor le habia dispensado. El nuevo emperador lejos de proteger al usurpador, reunió en su palacio los obispos que se hallaban en Constantinopla, y por su consejo depuso á Fócio de la silla patriarcal, y lo hizo encerrar en un monasterio. En esta ocasion se descubrieron las actas del falso concilio, cuya novela habia urdido este hombre malvado. El ejemplar que se encontró en su casa, fué llevado al senado y espuesto á la vista del pueblo, que miró con horror una impostura tan estraña. Despues que el usurpador fué espelido, Ignacio, patriarca legítimo, volvió á entrar solemnemente á su Iglesia: y para reparar tantos escándalos, obligó al príncipe á convocar un concilio general. El emperador dirigió algunos diputados al papa, pidiendole que enviase sus legados. Al mismo tiempo escribió á los tres patriarcas de Oriente, y á todos los obispos del imperio, invitándolos al concilio, que se celebró en efecto en Constantinopla, el año 869. El papa Adriano II, sucesor de Nicolao, nombró tres legados, á quienes entregó dos cartas, una para el emperador y otra para el patriarca. Entraron á Constantinopla con

la mas grande pompa, y estos legados siempre inflexibles, defendieron con dignidad la primacía de la Santa Sede. Ellos ocupaban el primer asiento en el concilio, despues de los cuales se sentó Ignacio, y los diputados de los otros patriarcas de Oriente. Once de los principales oficiales de la corte asistieron á todas las sesiones, para mantener en ellas el buen órden. Leyeron los legados la fórmula de reunion, que recibió todo el concilio. En ella se reconocia la primacía de la Iglesia romana, y se pronunció allí mismo anatema contra todos los hereges, particularmente contra Fócio y contra todos aquellos que permanecian unidos á su comunión. Se perdonó á aquellos obispos á quienes la violencia ó el temor habian compelido á abrazar el partido de Fócio, y que humildemente pidieron perdon de su debilidad. Se citó á Fócio á que compareciese, pero fué preciso llevarle por fuerza. Este hipócrita afectó todos los modales de la inocencia, y remedó la persona de un justo oprimido. A las mas de las preguntas que se le hicieron, guardó un profundo silencio, y cuando le obligaron á hablar, tomó en sus respuestas las mismas palabras que Jesucristo habia pronunciado delante de los jueces en tiempo de su pasión. Fué despedido nuevamente con indignación. La sesión última fué la mas numerosa: asistió á ella el emperador con sus dos hijos: se confirmaron entonces los decretos de los papas Nicolao y Adriano en defensa de San Ignacio y contra Fócio. Este usurpador permaneciendo obstinado, fué anatematizado del mismo modo que sus secuaces. El emperador declaró á continuación, que si alguno tenia alguna cosa de que que-

jarse por las decisiones del concilio, manifestase allí mismo sus motivos; porque cerrada la sesión y separada la asamblea, todos quedarian sujetos á obedecer, so pena de incurrir en su indignación. Se escribieron por último, á nombre del concilio, dos cartas, una al papa Adriano pidiéndole que confirmase con su autoridad los decretos del concilio, é hiciese recibirlos á todas las Iglesias de Occidente: la otra dirigida á todos los fieles, exhortándolos á que se sujetasen á sus decisiones.

---

#### REFLESIONES SOBRE LAS HEREGIAS.

——

**L**A segunda prueba por donde debia pasar la Iglesia, son las heregias y los cismas. “Es preciso, dice el apóstol, que haya heregias, para que se descubran entre vosotros los que son de una virtud probada.” Esta persecucion que la Iglesia sufrió de los hereges, nunca ha sido mas violenta que en aquel tiempo en que cesaba la de los paganos. El infierno hizo entonces los mayores esfuerzos para destruir por medio de los mismos cristianos esta Iglesia, á quien los ataques de sus primeros enemigos no habian hecho mas que darla mayor firmeza. Apenas comenzaba á respirar gozando de la paz que por Constantino habia logrado, cuando Arrio escitó contra ella una tempestad mas violenta que cuantas hasta entonces habia sufrido. Constancio, hijo de Constantino, seducido por los arrianos; affigió por todas partes á los católicos, nuevo perseguidor del

cristianismo, y tanto mas formidable quanto que bajo el nombre de Jesucristo hacia la guerra al mismo Jesucristo. Despues de él siguió Valente adicto del mismo modo á los arrianos, pero mas violento que Constancio. Así otros emperadores protejieron con igual obstinacion diversas heregías. La Iglesia conoció por una triste esperiencia, que no tenia menos que padecer bajo los emperadores cristianos, que lo que habia padecido bajo los príncipes infieles, y que debia derramar la sangre de sus confesores para defender, no solamente todo el cuerpo de su doctrina, sino tambien cada artículo de su fé en particular. No ha habido en efecto alguno de ellos que no haya visto combatir por sus mismos hijos: la divinidad de Jesucristo, su encarnacion, su gracia, sus sacramentos, todos los dogmas, en fin, han llegado á ser la materia de diferentes errores, y han dado igualmente ocasion á divisiones muy funestas. En esta confusion de sectas que se levantaba entre los cristianos, Dios no desamparó á su Iglesia, y la hizo entonces tan invencible contra las divisiones intestinas, como la habia hecho victoriosa contra los enemigos estraños. Toda la Iglesia ha decidido solemnemente cada uno de estos dogmas: es decir, que ella ha confirmado aquello mismo de que ya tenia posesion su antigua creencia, cuando habia aparecido la heregía y los que habian turbado esta posesion introduciendo la novedad, han sido arrojados de su seno. La Iglesia que habia visto levantarse las heregías segun la prediccion de Jesucristo; las habia tambien visto caer unas despues de otras segun sus promesas, sin embargo de haber sido sostenidas por los emperadores y por los

reyes. Constancio y Valente no han tenido mas poder para alterar la fé de la Iglesia, que el que tuvieron Neron y Diocleciano para impedir su establecimiento. Dios para probar á los que permanecian inviolablemente adictos á la verdad, ha permitido que ciertas heregías hiciesen algunos progresos; pero jamas ha prevalecido el error. La enseñanza pública y universal ha estado siempre en favor de la verdad; la Iglesia ha conservado perpétuamente un carácter de autoridad, que los hereges no han podido imitar; nunca ha dejado de ser católica ó universal, porque se estendia por todas partes, y nada perdía de su universalidad; aunque separase á algunos de sus miembros. Si se estudia con atencion la historia de la Iglesia, se advertirá que cuantas veces por una parte la ha disminuído la heregía, por otra ha resarcido sus pérdidas haciendo nuevas conquistas: del mismo modo que un árbol robusto á quien se arrancan algunas ramas, su buen jugo no se pierde por esto: él retoña por otra parte; y la separacion de la madera superflua, hace que produzca frutos mas escelentes. Ella era apostólica, es decir que subia por una sucesion no interrumpida de los pastores hasta San Pedro, á quien Jesucristo estableció gefe de los apóstoles, cuando por otra parte todas las sectas han carecido necesariamente de esta sucesion en el ministerio: y no ha habido alguna que no haya sido inventada por su autor criado en la Iglesia antes de formar una sociedad aparte. Esta separacion habia sido ruidosa, su época era conocida, los paganos mismos consideraban á la Iglesia como el tayo de donde todas las otras sociedades se habian separado: como el tronco siempre vi-

vo, á quien las ramas cortadas no privan de su verdor: ellos la llamaban la "Grande Iglesia, Iglesia católica:" no era posible darle otro nombre ni reconocer otro autor de ella que al mismo Jesucristo. Las heregías por el contrario, han llevado sobre su frente un carácter de novedad y de rebelion, que no han podido ocultar: nunca han podido despojarse del nombre de sus autores: los Arrianos, los Pelagianos, los Nestorianos, en vano se ofendian del nombre que se les daba, á su pesar el mundo queria hablar naturalmente, y designaba cada secta por el nombre de aquel de quien traia su origen. Este hecho palpable de su separacion de la grande Iglesia, la Iglesia antigua, la Iglesia apostólica siempre ha subsistido: esta tacha de su novedad que no podian borrar, deponia siempre contra ellos, y manifestaba á los ojos de todo el universo que su secta era obra de los hombres. Así es que estas ramas separadas del tronco del árbol han perdido siempre su fecundidad; por esto no podian crecer; como sarmientos separados al fin venian á secarse: las obras de los hombres han perecido á pesar del infierno que las sostenia; pero la obra de Dios ha quedado firme é inmutable. La Iglesia ha triunfado de las heregías, como antes habia triunfado de la idolatría, y triunfará siempre de todas las que se levanten en la Iglesia de Jesucristo: las verá caer á sus pies: sus victorias pasadas son para ella un garante seguro, de las que obtendrá en lo porvenir: las promesas que ha recibido son eternas, y seguirán cumpliéndose en toda la sucesion de los siglos.



## HISTORIA COMPENDIADA

DE

# LA IGLESIA.

### PARTE SEGUNDA.

#### INCURSION DE LOS PUEBLOS BARBAROS.—ESCANDALOS.

(Siglo X.)

**E**N el siglo X la Iglesia tuvo mucho que sufrir de la ferocidad de los pueblos del Norte, que destruyeron sucesivamente todas las provincias del imperio de Occidente. Los Normandos, los Húngaros, y otros pueblos salvages recorrieron á mano armada la Alemania, la Inglaterra, la Francia, la Italia y la España, y causaron por todas partes males infinitos. Las ciudades fueron reducidas á cenizas: los monasterios saqueados y destruidos: los estudios abandonados: las ciencias y las artes casi olvidadas. La ignorancia produjo la relajacion de la disciplina y la corrupcion de las costumbres: los escándalos se multiplicaron, las leyes mas santas eran violadas públicamente: el mal se habia estendido hasta entre los primeros pastores, y no estaba esenta de él la misma Roma. Gemia la Iglesia por estos desórdenes, y esta prueba era para ella mil veces mas do-